

Charles Olson

LLAMADME ISMAEL

Traducción del inglés
de Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

EL PRIMER DATO es el prólogo	13
LA PRIMERA PARTE es un DATO	23
LA SEGUNDA PARTE es la FUENTE: Shakespeare	55
EL SEGUNDO DATO es dromenon	113
TERCERA PARTE: Moisés	117
CUARTA PARTE: Cristo	127
UN ÚLTIMO DATO	155
LA QUINTA PARTE es la CONCLUSIÓN: Noé	159
Epílogo CARLOS JIMÉNEZ ARRIBAS	173
Notas	185

*Para Caresse Crosby
y para Ezra Pound,
que fue el primero que le dio a este libro su salvoconducto¹*

Ay, padre, padre,
entre los idos

Ay, del ojo que mira

Mira, padre:
¡tu hijo!

EL PRIMER DATO
es el prólogo

PRIMER DATO

Herman Melville nació en Nueva York, el 1 de agosto de 1819; y el 12 de ese mes, el Essex, un ballenero de 238 toneladas, salió del puerto de Nantucket en óptimas condiciones de navegación, capitaneado por George Pollard hijo. Llevaba a Owen Chase y Matthew Joy como segundos de a bordo, a seis hombres de color entre su tripulación de veinte, y ponía rumbo al océano Pacífico, con víveres y aprovisionamiento para dos años y medio.

Un año y tres meses después, el 20 de noviembre de 1820, a escasas millas del ecuador, 119 grados longitud oeste, con la mar en calma y un sol espléndido, el barco sufrió dos embestidas de un macho de ballena, un cachalote de 25 metros, y, con la proa hendida, hizo agua y se hundió.

Los veinte tripulantes abordaron las tres balleneras y pusieron rumbo a la costa de Sudamérica, a 2.000 millas de distancia. Llevaban pan consigo (90 kilos), agua (245 litros) y unas tortugas de las Galápagos. Aunque,

en el punto en el que se encontraban, no estaban lejos de las costas de Tahití, desconocían el natural de los nativos y temían que fueran caníbales.

Empezaron a sufrir de verdad una semana más tarde, cuando cometieron el error de comer el pan que había quedado empapado en el agua salada, con la intención de que les duraran más los víveres. Mataron una tortuga para beberse la sangre y así aliviar la consiguiente sed; y fue un espectáculo que les revolvió el estómago a los hombres.

En las primeras semanas de diciembre, se les hincharon y cuartearon los labios, y les subió a la boca una saliva pegajosa, de un sabor insoportable.

Empezaron a consumirse los cuerpos, llegando a tener tan poca fuerza que hubieron de ayudarse unos a otros en el desempeño de las funciones corporales más nimias. Los percebes se pegaban a los bajos de las barcas, y los arrancaban para comérselos. Hubo peces voladores que chocaron contra las velas, cayeron dentro y fueron tragados crudos.

Después de un mes en mar abierto, les alegró la vista una pequeña isla que tomaron por Ducie, pero que era la isla de Henderson. Las corrientes y una tormenta los habían apartado mil millas de su rumbo.

Hallaron agua en la isla, después de cavar inútilmente con las hachas en unas rocas que vieron mojadas. Manaba de un pequeño orificio en la arena, en un confín que dejaba al descubierto la marea. Podían recogerla solo cuando estaba baja. El resto del tiempo, el mar ane-

gaba el manantial, que quedaba a más de metro y medio de profundidad.

La isla no daba para que sobrevivieran veinte hombres, y, con idea de alcanzar tierra firme antes de que se les acabaran las provisiones del barco, diecisiete de ellos se hicieron de nuevo a la mar el 27 de diciembre.

Los tres que se quedaron, Thomas Chapple, de Plymouth, Inglaterra, y William Wright y Seth Weeks, de Barnstable, Massachusetts, se refugiaron en cuevas entre las rocas. En una de esas oquedades encontraron ocho esqueletos humanos, uno al lado del otro, como si se hubieran echado allí a morir todos juntos.

La única comida que había era una especie de mirlo que cazaban cuando se posaba en los árboles, y cuya sangre succionaban. Con la carne del ave, y unos pocos huevos, masticaban una planta que sabía como la lentejilla, y que hallaron en las hendiduras entre las rocas. Sobrevivieron.

Las tres barcas con los diecisiete hombres surcaron juntas el océano bajo el sol hasta el 12 de enero, cuando la comandada por Owen Chase, segundo de a bordo, se separó de las otras por la noche.

Ya había muerto uno de los diecisiete, Matthew Joy, tercero al mando. Lo enterraron el 10 de enero. Cuando Charles Shorter, de raza negra, murió en la misma barca que Joy el 23 de enero, se repartió el cuerpo entre los hombres del bote y el capitán, y lo devoraron. Dos

días más, y murió Lawson Thomas, de raza negra, y fue devorado. De nuevo otros dos días, e Isaac Shepherd, de raza negra, murió y fue devorado. Asaban los cuerpos, hasta dejarlos secos, al fuego que prendían con la arena del lastre en el fondo de las barcas.

Dos días más tarde, el 29, la barca que había comandado Matthew Joy se separó de la del capitán, y nunca más se supo de ella. Había a bordo todavía tres hombres vivos en el momento de la desaparición: William Bond, de raza negra, Obed Hendricks y Joseph West.

La barca del capitán seguía rumbo, ya sola en el mar, con cuatro hombres a bordo. El quinto, Samuel Reed, de raza negra, había sido devorado a su muerte el día de antes, para reponer fuerzas. En los tres días que siguieron, estos cuatro hombres, después de hacer el cálculo de las millas que les faltaban por recorrer, decidieron echar a suertes quién tendría que morir para que los otros vivieran, y quién sería el encargado de matarlo. Perdió el más joven, Owen Coffin, que se había echado por primera vez a la mar como grumete para aprender el oficio familiar. Fue deber de Charles Ramsdale, natural de Nantucket también, dispararle. Así lo hizo, y él, el capitán y Brazilia Ray, de Nantucket, se lo comieron.

Eso fue el 1 de febrero de 1821. El 11 de febrero, murió el propio Ray, y fue devorado. El 23 de febrero, el ballenero Dauphin, de Nantucket, recogió al capitán y a Ramsdale. Comandaba la nave el capitán Zimri Coffin.

Los hombres del tercer bote, al mando de Owen Chase, segundo de a bordo, fueron los que más aguantaron. Se separaron de las otras dos barcas antes de que el hambre y la sed llevaran a la tripulación del Essex a situaciones extremas; y enterraron al primero de sus muertos, Richard Peterson, de raza negra, el 20 de enero.

No fue hasta el 8 de febrero, día en el que Isaac Cole murió entre grandes convulsiones, cuando Owen Chase se vio obligado a proponerles a sus dos hombres, Benjamin Lawrence y Thomas Nickerson, que comieran carne humana: dos semanas más tarde que las otras dos barcas. En tamaña ocasión, procedieron de la siguiente manera: separaron del cuerpo los miembros, a los que cortaron toda la carne, arrancándola del hueso, después de lo cual, abrieron el cuerpo, sacaron el corazón, lo cerraron otra vez, lo cosieron como pudieron y lo entregaron al mar.

Bebieron del corazón y lo comieron. Comieron unos trozos de carne y colgaron el resto, cortado en finas tiras, para que se secase al sol. Hicieron fuego, tal y como había hecho el capitán, y asaron parte para que les sirviera de alimento al día después.

La mañana siguiente, vieron que la carne puesta al sol estaba echada a perder y tenía un color verde. Hicieron fuego otra vez para asarla y aprovechar lo que pudieran. Sobrevivieron a base de ella cinco días, sin tener que echar mano de los restos de pan que les quedaban.

Recuperaron las fuerzas gracias a la carne, que comían en trocitos, con agua salada. El 14, ya pudieron emplearse con un remo para guiar la barca.

El 15 ya se habían comido toda la carne, y les quedaba lo último del pan: dos galletas. Llevaban dos días con los brazos y las piernas hinchados, y empezaron entonces a tener dolores terribles. Calcularon que les quedaban todavía 300 millas.

El 17, al ver cómo se formaba una nube, Chase pensó que estaban cerca de tierra firme. Con todo y eso, la mañana siguiente, Nickerson, de 17 años, después de achicar el agua de la barca, se tumbó en el fondo, echándose un trozo de lona por encima, y dijo que se quería morir allí en el acto. El 19, a las siete de la mañana, Lawrence avistó una vela a siete millas de distancia, y los tres fueron rescatados por el bergantín *Indian*, de Londres, al mando del capitán William Crozier.

No se sabe qué suerte corrieron en los años venideros los tres hombres que sobrevivieron a su paso por la isla. Pero los cuatro de Nantucket que, junto con el capitán, sobrevivieron a la travesía por mar, se hicieron todos capitanes. Murieron de viejos: Nickerson, a los 77; Ramsdale, que tenía 19 cuando salió embarcado en el *Essex*, a los 75; Chase, que tenía 24, a los 73; Lawrence, de 30, a los 80; y Pollard, el capitán, que contaba con 31 años en aquel viaje, vivió hasta 1870 y una edad de 81.

El capitán, al volver a Nantucket, se hizo cargo del barco *Two Brothers*, otro ballenero, y cinco meses después de salir de puerto, chocó contra un arrecife al oeste de las islas Sándwich. El barco quedó completamente destrozado, y Pollard no volvió a hacerse a la mar. Con

motivo de este segundo naufragio, llegó a decir: «Ahora sí que estoy arruinado del todo. Ningún armador me dejará ya nunca pilotar un barco suyo, pues todos dirán que soy un hombre sin suerte». Acabó sus días de sereno en la ciudad de Nantucket, protegiendo a la gente y sus casas en plena noche.

Owen Chase siempre tuvo suerte. En 1832 le construyeron el *Charles Carrol*, en Brant Point, Nantucket, y lo trajo colmado a puerto en dos ocasiones, con 2.600 barriles de aceite de cachalote cada una de ellas. Los últimos años que vivió, le dio por esconder comida en el desván de su casa.